

y gritaros: «Sólo la verdad puede fortalecer el espíritu humano hasta llevarle á combatir rudamente con la carne. El entusiasmo ciego no hace capaz de una inmolacion universal, constante y circunstanciada; para ello es menester profunda conviccion de la verdad. Nos hallamos en lucha con nosotros mismos; no es un mito, sino la verdad evidentemente conocida, quien nos da armas para combate tan penoso.»

67. Mejor inspiracion teneis vosotros, los sofistas, cuando hablais de la inmutabilidad de la Iglesia romana. Todo, en efecto, se cambia á su alrededor; sólo ella permanece la misma siempre. Fórmanse las sectas y se desprenden de ella; y ella persevera sin alteracion. A la verdad, su inmovilidad constante y vuestras propias confesiones me prueban que es ahora lo mismo que era el primer dia. Pero si ha sido siempre lo que es, salió de las manos de Jesucristo en la forma que hoy presenta á nuestros ojos. No vengais, pues, sectarios que nacisteis diez y ocho siglos después de ella, no vengais pretendiendo que conoceis á Jesucristo mejor que ella misma, y que poseeis la doctrina que se ha alterado en sus manos.

CAPÍTULO III.

Conclusiones de ambas escuelas.

1.º Conclusiones sobre Jesucristo.

Terminemos este exámen de ambas escuelas resumiendo sus conclusiones.

Segun la primera escuela, Jesucristo es el mayor impostor ó un personaje fabuloso inventado por impostores.

Segun la segunda, es un sabio sublime, un ideal ó un mito.

Segun una y otra ni es Dios, ni el Enviado de Dios,

sino un personaje fingido, ó un hombre que, al decir de unos, se hizo pasar mentirosamente por Dios, y, al decir de otros, fué erigido en Dios ya por la impostura, ya por una admiracion fanática.

69. Para la primera escuela, la *Iglesia católica* es obra de un ambicioso que quiso sobrevivir á sí mismo y perpetuar su reinado entre los hombres, quien no contento con haber engañado al género humano durante su vida, pretendió avasallarle después de su muerte, fundando una sociedad, á la cual, como Dios, dió poderes divinos, é hizo independiente de toda autoridad terrena, señora de reyes y pueblos.

Para la segunda escuela, la *Iglesia* es una sociedad posterior á Jesucristo, hija de la necesidad que tuvieron los Apóstoles de agruparse y reunirse, que se fué lentamente formando en sus leyes, gobierno y culto; sociedad al principio muy modesta en sus pretensiones, pero que, á medida que la favorecieron las circunstancias, aspiró á la tiranía, acabando por dictar la ley á los Estados.

Al decir de la otra escuela, *la Iglesia* es una sociedad puramente humana que se engaña y engaña á los pueblos invocando pretendidos derechos divinos, cuando á lo sumo debe, bajo la dependencia del Estado, concurrir, como toda sociedad civil y política, al bien natural de los hombres.

70. Y, cuanto *al Evangelio*, éste no es para la primera escuela más que un tejido de fábulas propuestas por unos trapaceros á la credulidad popular; y para la segunda, un conjunto bastante vulgar de hechos históricos y verdades morales y religiosas, revestidas luego con las formas de lo maravilloso, mezcladas con alegorías y transformadas en mitos.

Pero ni para unos ni otros es la palabra de Dios, y todos están acordes en no ver en él sino un libro cuyo origen es puramente humano.

2.º Conclusiones sobre la Iglesia.

3.º Conclusiones sobre el Evangelio.

4.º Observación.

71. Así que, *Jesucristo* ni es Dios ni el Enviado de Dios; *la Iglesia* tienen un origen y un fin naturales; *el Evangelio* es un libro puramente humano: tales son las afirmaciones fundamentales de ambas escuelas. Vemos, pues, como las dos llegan á unas mismas conclusiones y convienen en el fondo de la doctrina; sólo se diferencian en los accesorios y en los procedimientos de que se valen para hacerlas aceptar.

TÍTULO III.

DOS FORMAS SOLAPADAS DEL RACIONALISMO.

72. Tócanos señalar aquí dos formas atenuadas ó mejor solapadas del racionalismo.

CAPÍTULO I.

Primera forma solapada del racionalismo.

I. Exposición del error.

73. Hay, en primer lugar, racionalistas que, sin proponerse negar la posibilidad y aún la existencia del orden sobrenatural, se contentan con negar *su necesidad y carácter obligatorio* (1). Según ellos, siendo lo sobrenatural un privilegio otorgado á la humana naturaleza, es esto facultativo. Puede uno ser fiel y creyente, si así lo quiere; mas, si lo prefiere, puede quedarse siendo filósofo. La gracia no destruyó la naturaleza; déjale, pues, juntamente con las fuerzas naturales, su fin

(1) Mons. Pie expone y refuta largamente este error en su primera *Instrucción sobre los principales errores del tiempo presente*. (Obras, t. II, págs. 423-444).

propio; y del mismo modo que habria un fin natural sin la gracia, así tambien hay un fin natural junto con la gracia. La revelacion no cerró el antiguo camino que guiaba hácia la felicidad natural; abrió empero un camino que lleva á un fin más alto. El que tomare el primer camino llegará á un fin natural, como aquel que tomare el segundo llegará á un fin sobrenatural. Hay hombres que aspiran siempre á lo más perfecto; aceptan éstos el orden sobrenatural. Pero hay otros que prefieren una perfeccion proporcionada á su naturaleza, y que, satisfechos con ser de condicion superior al bruto, sin aspirar á ser semejantes á Dios, quieren en todo seguir la razon natural. No podríamos acusar á éstos de despreciar los dones de Dios, más que á aquéllos de despreciar la razon. Bello es ver las almas «místicas» lanzarse en pos de una perfeccion sobrehumana; pero es bello tambien ver á los sabios aplicarse á la práctica de las virtudes humanas y á dar al mundo el espectáculo de una vida conforme á todos los principios de una sana razon. Si puede Dios recompensar á los unos con embriagadoras delicias que aquí bajo no puede gustar el corazon del hombre (1), no puede condenar á los otros á suplicios eternos.

74. Pueden distinguirse en este error general dos errores especiales. Es el primero, pretender que sin grave desorden puede el hombre quedarse fuera del orden sobrenatural, rechazando voluntariamente el fin y los medios de este orden. Es el segundo, querer que sin el auxilio de la revelacion ni de la gracia, sea posible en el estado presente conocer todas las verdades naturales y hacer todo el bien natural.

El primero y principal de ambos errores consiste,

(1) *Oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit quæ præparavit Deus iis qui diligunt illum.* (I Cor. II, 9).

II. Refutación.
1.º Refutación del error principal.